

LA HORMIGA DE ORO ILUSTRACION CATOLICA

Fiel á las enseñanzas de la Iglesia, somete todos sus escritos á la Censura eclesiástica

Año XXII

Barcelona.—Sábado 12 Agosto 1905

Núm. 32

La Asunción de la Virgen

ENTRE todas las festividades que la liturgia católica ha establecido para venerar y alabar á la Madre de Dios, ninguna tan solemne y tan gloriosa como la fiesta de la Asunción.

La Iglesia, enseñada por los Apóstoles, ha creído siempre que la Santísima Virgen María Madre de Dios subió, inmediatamente después de su muerte, en alma y cuerpo al cielo, donde está sentada en su trono de refulgente gloria, solo inferior al trono de Dios, para interceder continuamente por nosotros.

Ved aquí el doble aspecto que revela la importancia de esta festividad: el uno de majestad soberana para la Señora, el otro de consuelo para nosotros.

Confesar que nuestra Reina y nuestra Madre está en el cielo, es motivo y aliento de nuestra esperanza: creer que no solo con el alma, como los demás bienaventurados, sino también con su cuerpo sacratísimo está al lado de la Trinidad augusta, es reconocer en Ella la más grande predilección divina, la primera de las prerrogativas otorgada á la más pura criatura.

Nadie, sin embargo, confunda la Asunción de María con la Ascensión de Jesús á los cielos, porque el diverso nombre, con que se designan una y otra festividad, demuestra bien á las claras el diverso modo como subió la sagrada persona de la Virgen y la persona divina del Salvador. Esta por su propio poder, escoltada por los Angeles que publican su triunfo sobre la muerte y el pecado, mas no ayudada por ellos; empero María sube elevada por la mano de Dios y sentada en trono de nubes fabricado sobre las alas de coros angélicos.

La Ascensión es, pues, obra propia de la divina naturaleza de Jesús, Hijo de Dios, y la Asunción es gracia otorgada por el corazón divino del Hijo á su purísima Madre.

Mas, con ser así, podemos añadir que la Asunción de María fué una consecuencia legítima de la Ascensión del Hijo y una gracia en cierto modo reclamada por las condiciones extraordinarias de esta Madre.



La Asunción de la Santísima Virgen (cuadro de C. Plasencia)



La Ascensión del Señor quedaba incompleta sin la pronta resurrección y sin la Asunción corporal de esta Virgen bendita, es decir, Jesucristo no habría sido elevado ni exaltado total y completamente sin la exaltación de su Santísima Madre.

«Levántate, Señor, vé á tu reposo tú y el arca de tu santificación,» decían sin cesar los ángeles repitiendo las palabras del Profeta Rey.

«El arca de tu santificación, es decir, tu divina Madre que has santificado habitando en ella.»

Por otra parte, la misma santidad de María en cierto modo exigía también este singular privilegio.

Se explica que nuestro cuerpo, que tantas veces ha sido instrumento de pecado, quede aprisionado en el sepulcro y sufra allí la pena de la descomposición como castigo de su culpa. Se concibe que nuestra carne, viciada y afeada con el repetido pecar, se descomponga en el suelo y quede resuelta en sus elementos primigenios para que sean éstos purificados y renovados antes de la resurrección final, porque nada manchado puede penetrar en la región de la luz, pero ¿habría de estar sujeta á la misma ley la carne purísima de la Virgen concebida sin el pecado original, exenta de toda culpa y completamente limpia, como saliera de las manos de Dios la primera carne?

Paréceme, pues, que la Asunción de la Virgen fué un privilegio debido á su divina Maternidad y reclamado por la limpieza inmaculada de su Concepción.

Siendo María Madre de Dios, debía sentarse á su lado en el solio de la Majestad, y siendo inmaculada debía estar exenta de la corrupción de su cuerpo.

Esta creencia, autorizada por la Iglesia, que celebra para solemnizarla una de sus más esplendorosas fiestas, no es todavía artículo de fe; pero el pueblo católico ha suplicado ya al Vicario de Jesucristo su definición. ¿Estará reservada al Pontífice actual la gloria de definir como dogma la Asunción de María Santísima á los Cielos?

¿Será él quien engazará esta perla en la diadema que circunda la frente de la Reina de los Angeles?

Entre tanto que llega ese día que deseamos, oremos todos ante su Imagen, dispongámonos á celebrar devotamente su fiesta, consagrándole una Novena, una Comunión, una plegaria breve, pero fervorosa; seamos constantes en venerarla é invocarla para que nos alcance la gracia singular de la perseverancia final y nuestra muerte sea, como la suya, el tránsito á la vida de la gloria.

A. DEL CID

¿Dónde murió la Santísima Virgen?

DESDE muchos siglos atrás, la opinión pública cristiana se ha visto dividida en dos bandos: el uno inclinado á Jerusalén y el otro á Efeso. Las instrucciones de Catalina Emmerich dieron lugar á que el bando inclinado á Efeso emprendiera una série de investigaciones en el lugar llamado Panaya Capouli (cerca de Efeso) y quedara maravillado de la conformidad entre las notas suministradas por Ana Catalina Emmerich y la topografía de los lugares que pinta, y las ruinas que describe. Y tal fué el interés despertado con este motivo, que el Arzobispo de Smirna se creyó en el caso de practicar una visita oficial, de la que se extendió un acta cuyo texto verán nuestros lectores en la sección *De polo á polo* de este número.

Todo esto ha dado motivo á que el Rdo. P. Bernabé de Alsacia, misionero apostólico, escribiera brillante refutación, sólida y bien documentada en favor de la opinión de que la Santísima Virgen murió y fué sepultada en Jerusalén, aduciendo gran número de textos de las Sagradas Escrituras, de los Santos Padres, de peregrinos famosos, en favor de dicha tesis, y con gran lógica y mesura desvanece los errores incurridos en virtud de una desviación producida por el entusiasmo inmoderado de los partidarios de Efeso, cuyos errores se revelan en el documento que á título de información damos más adelante, como ya hemos indicado.

La obra del P. Bernabé es verdaderamente luminosa y quisiéramos poder trasladar aquí alguno de sus capítulos.

Entre las muchas citas que se corresponden y manifiestan mútua conformidad, citaremos la de la «Descripción de los Lugares Santos por un peregrino armenio» del siglo VII.

Véase tal como la pone y comenta el P. Bernabé:

«La iglesia de Santa Sión, á un estadio de la Anastasia, (es) de larga cien codos, y de ancha setenta, (y cuenta) ochenta columnas, unidas por bóvedas, (acaso serán arcos). No tiene división superior, sino solamente cielo raso de madera, en el cual está colgada la corona de espinas que pusieron en la cabeza del Redentor. Á la derecha de la iglesia, la sala de los misterios, y una cúpula de madera donde está representada la sagrada cena del Salvador. Allí se encuentra un altar

donde se celebra la liturgia. En la parte alta no existen otros departamentos (tribunas ó galerías).

«Detrás de la ciudad, en el lugar donde los judíos detuvieron el ataúd de la Virgen, y no quisieron permitir enterrarla, hay una cúpula sostenida por cuatro columnas de mármol, coronadas con cruces de bronce. De allí, doscientos cincuenta escalones de piedra conducen abajo al Sepulcro de la Virgen, en el Valle de Getsemani; desde allí hasta la cima del Monte Olivete, donde Cristo subió (á los cielos), hay ochocientos escalones.»

Nuestro peregrino, que ordinariamente indica la forma y dimensiones de las iglesias que enumera, no habla aquí más que del Sepulcro de la Santísima Virgen. Hablando en rigor, se podría suponer que la iglesia de la Asunción no es una construcción propiamente dicha, pues está tallada, en gran parte, en la roca viva, y que por este motivo la pasó en silencio. Pero, aún en este caso, ¿habría dejado de hablar del altar en donde se celebraba la liturgia, ó sea la santa misa? De todos modos, el glorioso Sepulcro de la Madre de Dios estaba ya por entonces puesto al público, por cuanto se bajaba á él por una escalera, y los cristianos de Jerusalén debieron apresurarse para ponerlo al culto.

La analogía del Sepulcro de María con aquel de su divino Hijo es completa. Tuvo poco más ó menos las mismas modificaciones, es decir que fué separado de la masa roquera en que estaba excavado, por una abertura artificial, de manera que quedó aislado en medio de un ancho espacio vacío. Ese espacio, tallado en forma de cruz latina, constituyó la iglesia, que fué embovedada. El Sepulcro es un pequeño nicho cúbico, situado en el brazo oriental de la iglesia, y que conserva hoy día la forma que le dieron en el siglo quinto. En el interior, hacia el Oriente, se encuentra una banqueta funeraria sobre la cual depositaron los apóstoles el cuerpo virginal de la Reina de los cielos, María Santísima.

Tampoco los cristianos de Jerusalén dejaron de señalar con un pequeño monumento el teatro de los prodigios que tuvieron lugar durante los funerales de María, prodigios referidos tan dramáticamente por los autores de la *Dormition* y *Transitus de Mariæ*. Este monumento, formado por cuatro columnas, sufrió, sin duda alguna, la misma suerte que todas las obras religiosas, al ser devastada la ciudad santa por los Persas el año 615. Un siglo más tarde, S. Willibaldo (723-726)

no encontró más que una sola de esas columnas en pie todavía. Refiere la religiosa de Heydenheim que el obispo Willibaldo dice también, «que delante de la puerta de la ciudad se encuentra una gran columna con una cruz encima, como señal y memoria del lugar donde los judíos quisieron robar el cuerpo de la Santísima Virgen.»

En la imposibilidad de dar una muestra del valioso trabajo de controversia y de crítica histórica de la obra citada remitimos á la misma al lector que quiera ahondar más en esta materia.

S. J. C.

M. Rdo. P. José Serrancolí de Alpens

Capuchino

EL día 6 de Julio último entregó su alma á Dios, en el Convento de Capuchinos, el venerable Padre cuyo retrato, que honra hoy nuestra Revista, está sacado de una fotografía hecha el año pasado por el Padre Eugenio de Barcelona.

Nació en la villa de Alpens el año 1816; estudió primera enseñanza, latín, retórica y filosofía, estas en el Seminario de Vich, siendo la admiración de todos por su vasta erudición y su profunda piedad, pidiendo inmediatamente ser admitido en el número de los hijos del Patriarca de Asis, cuyo hábito vistió en el convento de Sarriá-Barcelona, á los 26 de octubre de 1831, en vigiliás de la criminal y sangrienta hecatombe que tanta sangre vertiera en las pacíficas soledades de la casa de Dios.

Estalló la persecución religiosa del 35, y entonces tuvo que sufrir grandes privaciones para librarse de las manos de enemigos que al grito de libertad asesinaban inocentes religiosos, viéndose obligado á refugiarse durante unos meses en las montañas de la frontera y á pie atravesar los Pirineos, hasta que por fin pudo llegar al convento de Chamberi, capital del Ducado de Saboya, para proseguir sus estudios, luego al de Jenne, más tarde al de Velley, siendo por fin ordenado de sacerdote en la iglesia de Brou á los 22 de julio de 1839, asistiendo á ella para imponer sus manos sobre el nuevo sacerdote el Beato Juan Bautista Vianney, Cura de Ars.

Apenas ordenado de sacerdote le fué confiada la dirección del hospital de Chamberi y la Casa de Convalecencia, tarea que desempeñó por espacio de dos años consecutivos, siendo para los enfermos un consuelo y para todos un padre: de allí fué trasladado consecutivamente de familia á los conventos de Albertville, Vangland y de Jenne, hasta que sobreviniéndole una gravísima enfermedad tuvo que retirarse unos días á Lyon (Francia).

Diez años consecutivos (1840-50) de misiones, ejercicios, en una palabra, de predicación, le parecían muy poco á su espíritu gigante: con la venia, pues, de los superiores fué trasladado á nuestra Patria para restablecer su delicada salud, embarcándose en Marsella con rumbo á Barcelona el año 1850, el mes de septiembre.

De providencial puede, humanamente hablando, juzgarse la vuelta de dicho misionero á Barcelona,

toda vez que ésta es deudora á él de los incalculables beneficios que en el orden moral reportara.

Veíasele por las calles y plazas de la populosa metrópoli, predicar sin miramientos humanos, sin temor á las burlas, adquiriendo tal popularidad que en solos 13 años (1850-63) ya había predicado 25 veces las siete palabras, cinco los ejercicios anuales en las cárceles de hombres, siete en las de mujeres, cuatro en las romerías de Montserrat, diez el mes de María con sermón diario, ejercicios á religiosas, al clero, al Seminario, y siempre con la misma profundidad de conceptos hermanados admirablemente con aquella sencillez de palabra, con aquella robustez de elocuencia que atraía y subyugaba á las multitudes que difícilmente podían contenerse en las anchurosas naves de los más espaciosos templos.

En 1868 encontróse con una orden episcopal de Gerona que le suplicaba partiera á dar una misión en las cercanías de Olot (Batet), misión que tuvo que abandonar en vista de las gravísimas circunstancias por las que atravesaba España con la llamada revolución ó nueva persecución religiosa.

Otra vez su corazón de apóstol veía cerradas las puertas de su patria y la esperanza de ver en ella nuevamente los hábitos de capuchino: y «no sin gravísimos temores de ser asesinado (son sus palabras) »atravesé á pie la frontera »por el camino de Puigcerdá, llegando de noche »al fuerte de Montlluis.» De aquí partió para Perpignan donde continuó sus correrías apostólicas; lo mismo que en Carcassona, Marsella, Bayona, Burdeos, Cahors, Perigueux, y en todas partes sembró la semilla evangélica y á todas regó con sus sudores de apóstol.

Llegada por fin la época tan constantemente soñada por los religiosos dispersos que aún quedaban, llegó con ella la hora de regresar nuevamente á España nuestro Padre Serrancolí. Llamado al efecto por el reverendísimo Padre José de Llerena, fué con los venerables Esteban de Adoain y Segismundo de Mataró uno de los primeros restauradores del Orden el año 1876, extendiendo los primeros fundamentos en Antequera (Andalucía), luego en Montelsano y Arenys de Mar.

Cuanta alegría causara á su espíritu, cuánta paz á su corazón amante de su hábito, al ver nuevamente restablecidos á los suyos, no es para referirlo. «Jamás »(dice en sus notas) alegría alguna ha rebosado en mi »corazón cual la producida por el Decreto de 1887 en »que se permitía vestir en público los hábitos monacales. Predicaba en Balaguer cuando se me comunicó »tan fausta nueva, y sin esperar ni un solo día me presenté tal como deseaba; de fraile y con el santo hábito, que no pienso dejar sino con la muerte.»

Ejemplo y reliquia sagrada de las tradiciones era para sus nuevos hermanos el Padre José, en quien fresca y lozana se conservaba la hermosura de su alma sencilla é ingénua. Su carácter festivo y jovial á la par que austero y observante le captaron las simpatías de todos, jóvenes y viejos, religiosos y seglares. Y en los conventos de Olot y Arenys de Mar, donde ha pasado estos últimos años de su preciosa vida, le han visto continuar sin descanso ni fatiga la pesada labor del ministerio del púlpito, que no ha dejado sino con su vida.

Barcelona, Tarragona, Lérida, Gerona, Seo de Ur-



M. R. P. Fr. José de Alpens, Capuchino

gel, Vich, Solsona... todo el Principado le ha visto recorrer á pié, con su baston y su breviario, su crucifijo y sus alforjas durante estos años, todas sus ciudades y aldeas, sus montañas y sus valles. Intransigente con el desórden y el vicio, con la disolución y el libertinaje, le atacaba con valentía sin miramientos ni recelos, buscando la gloria de Dios: sus asuntos más favoritos eran siempre las máximas de los santos, con una gracia inimitable y una amabilidad sorprendente; la vanidad de la vida, declarando guerra sin cuartel al mundo y sus encantos, al lujo y sus seducciones, á las modas y sus atractivos, al sensualismo y sus consecuencias.

Octogenario ya y casi sin vista ni sin fuerzas, no podia vivir sin dirigir su palabra al pueblo, y ya sea apoyado en su baston, ya del brazo de sus hermanos, un año antes de su muerte todas las semanas predicaba; hasta que agotadas del todo sus fuerzas tuvo muy á pesar suyo que descansar, esperando la recompensa eterna.

Impaciente esperaba el instante deseado: con el fervor del discípulo de Cristo y el amor de su ministro, recibió con piedad sin igual los últimos Sacramentos animando á los jóvenes, despidiéndose de los ancianos, edificando á todos que con lágrimas en los ojos rodeaban su lecho: llegó el día 6 de Julio, y con lucidez y serenidad imperturbable, dominando los últimos momentos, llamando á la muerte, ésta se acercó con paso lento, besó su frente... y el apóstol de Cataluña elevando las manos al cielo, recitando él mismo las preces de los moribundos y dirigiendo á lo alto su vista, la cerró para siempre al mundo de los muertos para abrirla tan solo en la región de los vivos á los 89 años de edad y 74 de religión.

Su memoria será eterna. ¡Descanse en paz! (1).

P. M. A. DE B.

(1) Esta biografía sobrepasa los límites ordinarios, pero se trata ¡del Padre José! y al esforzarnos en condensar no hemos podido omitir ninguno de los detalles mencionados que tantos recuerdos nos evocan.

El alma afligida

Suspira por el cielo
de vida eterna;
la del mundo es mezquina,
presto se seca.

¡Ay de aquel que gozando
de Dios se olvida!
abriráse á sus plantas
profunda sima.

Del infierno la puerta
siempre está abierta;
el camino es muy ancho,
pronto se llega.

¡Ay! sigue tú el camino
estrecho y largo
y nunca te arrepientas
de haberlo andado.

Si al encuentro te salen
contradicciones,
las espinas y abrojos,
los sinsabores,

no desfallezcas, alma,
piensa en Jesús
que llevaba en los hombros
pesada cruz.

Si tu alma afligida
no halla consuelo,
mira á Jesús cuán pálido
ora en el huerto.

Si sufres cruel angustia
piensa en Jesús,
que el cáliz de amargura
bebió en la cruz.

JULIA HIDALGO



ANTIOQUÍA (COLOMBIA).—INTERIOR DE LA CATEDRAL

Como verán nuestros lectores publicamos en este número los grabados del frontis é interior de la Catedral de la ciudad de Antioquia, fundada por el conquistador y mariscal don Jorge Robledo. Este histórico monumento, majestuoso y bello, si nos remontamos á la época en que fué levantado, á principios del siglo XIX, encierra los más gratos recuerdos para los que somos regionalistas de pura sangre, así como la Ciudad es monumento vivo de tradiciones españolas de la época del heroísmo sublime y de la fé sincera; virtudes que, por desgracia nuestra, van extinguiéndose rápidamente entre conquistadores y conquistados.—A. Moreno.